

Así, pues, los suicidios, «cada año más frecuentes», de los que nos habla el narrador también deben ser interpretados como metáforas epistemológicas, siguiendo la terminología de Jaime Alazraki. Podemos decir, por ejemplo, que Wittgenstein se suicidó filosóficamente cuando dijo que sobre lo que no se podía hablar mejor era guardar silencio. Ya que este relato versa sobre la crisis de la filosofía moderna, es lícito entender por suicidio el dejar de utilizar la razón moderna, geométrica, con el objetivo de entender el universo. Suicidio que no implica más muerte que la filosófica, en el sentido racionalista del término, y que no excluye la exploración de otros caminos filosóficos como, por ejemplo, el del escepticismo humanista de Montaigne, menos excesivo y pretencioso que el racionalismo de Descartes. De este modo «La biblioteca de Babel» resulta ser, no ya ese mero juego estético que la crítica posmoderna ha querido ver, sino una profunda y melancólica reflexión acerca de la agonía, muerte y luto de la razón moderna.

III

Según Nietzsche el nihilismo es una epidemia que surge cuando los dioses, ídolos o ficciones entran en crisis. El autor de *La voluntad de poder* tomará prestado este término de los *Ensayos de psicología contemporánea* (1883) en los que Paul Bourget lo definirá como una gran enfermedad europea, un mortal cansancio de vivir y una tétrica percepción de la vanidad de todo esfuerzo. Es inevitable pensar en las «epidemias», «los suicidios», en «la depresión excesiva», en «la certidumbre que nos anula o nos afantasma» y en «la soledad» de la que habla el narrador de «La biblioteca de Babel». Cabe señalar que, para Nietzsche, el nihilismo, al que también llamará voluntad de nada, pesimismo, degeneración vital, muerte de Dios o decadentismo, es una realidad profunda, equívoca y plural, de la que cabe distinguir tres tipos.

El primero de estos tres nihilismos es el implícito. Gonzalo Mayos dirá en su introducción a *El nihilismo en los escritos póstumos* de Nietzsche que este tipo de nihilismo consiste en continuar negando la muerte de dios, cerrar los ojos a la realidad de los tiempos, negar ser nihilista e, incluso, afirmar que se reacciona contra el mismo, reivindicando viejos valores sin comprender que con ello no se provoca sino la profundización del proceso y el bloqueo de cualquier alternativa o salida. Son muchas las evidencias textuales que nos remiten indirectamente al nihilismo implícito. El narrador nos indica que, a pesar de los

absurdos en los que abunda la biblioteca, sólo una minoría, «una región cerril», sostiene «que los libros nada significan en sí.» El resto se agarra a mil clavos ardientes con tal de no tener que abandonar la biblioteca. Buscan interpretaciones («Durante mucho tiempo se creyó que esos libros impenetrables correspondían a lenguas pretéritas remotas»), infieren características generales de la biblioteca («Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Biblioteca no es infinita»), se amparan en las autoridades («Básteme, por ahora, repetir el dictamen clásico»), dogmatizan («Yo afirmo que la Biblioteca es interminable»), sueñan («Yo prefiero soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito») o apelan a axiomas contradictorios («Quiero recordar algunos axiomas»).

Cabe señalar que a pesar de que el narrador de este relato, como dijimos, se niega a abandonar su agonizante cosmovisión, no se opone a la afirmación de que «los libros nada significan en sí»; antes bien, concede que «ese dictamen, ya veremos, no es del todo falaz.» Esta concesión nos lleva a hablar del segundo tipo de nihilismo, conocido como nihilismo explícito y que consiste en ser consciente de que «Dios ha muerto». Éste, a su vez, se divide en dos nihilismos: el explícito pasivo, que consiste en reconocer la «muerte de dios» y la situación nihilista actual con todo lo que implica, pero que renuncia a cualquier respuesta afirmativa y cae en la angustia, la desesperanza y la destrucción, y el explícito activo, que consiste en proyectarse creativamente sobre el vacío de la «muerte de Dios» mediante la construcción de nuevos valores, nuevas fábulas, nuevas máscaras y nuevas interpretaciones.

A la luz de esta nueva división esa «depresión excesiva», «los suicidios» y «la desesperanza» nos remiten a una epidemia de nihilismo explícito pasivo en el que los filósofos no saben reaccionar a la crisis con una actitud creadora sino que, como el vigilante de tumbas del *Zarathustra*, prefieren volver a tapar la tumba vacía para seguir haciendo que vigilan su precioso contenido. No aparecerá, sin embargo, en «La biblioteca de Babel» el nihilista activo, el hombre «vencedor de Dios y de la nada», el fénix que resucita con fe viva de las cenizas de una fe muerta. Según la lectura nietzscheana vencer a dios es escaparse de la anterior cosmovisión, es quemar la biblioteca y construirse una nueva y habitable metáfora. Por esta razón no encontramos en la biblioteca a esos «hombres únicos, incomparables que se dan leyes a sí mismos, que se crean a sí mismos» de los que Nietzsche habla en *La gaya ciencia*. Si hubiesen existido, estos superhombres tuvieron que suicidarse

como nihilistas pasivos y están ahora viviendo fuera de un universo concebido en forma de biblioteca, es decir, fuera de este relato.

Es justamente fuera de este relato donde nos encontramos con un Borges que trata de luchar con el nihilista pasivo que parece llevar dentro. Sin embargo, dicha reacción se hará esperar hasta que la ceguera y la vejez lo devuelvan a la poesía y a la ética. Recordemos cómo en el prólogo a *Elogio de la sombra* (1969), el autor constatará que sus poesías han empezado a interesarse por la ética como tema poético. Salir de la biblioteca de la filosofía moderna es saber prescindir de los parámetros racionales de verdad y falsedad, para elaborar otros con los que volver a hacer habitable el universo. Dichos parámetros serán, en el caso de Borges, los de la ética-estética.

«Te incumben los deberes de todo hombre: ser justo y feliz.
Tú mismo tienes que salvarte».
(«Otro fragmento apócrifo», *Los conjurados*)

Recordemos, con Zulma Mateos, que ese salvarse no es teológico sino vital. La salvación es la justificación de la existencia, justificación que no es sólo personal sino también universal.

«...el que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo».
(«Los justos», *La cifra*)

A la luz de estas observaciones la obra de Borges se nos aparece como una evolución, más aún, como una lucha entre el filósofo nostálgico y el literato creador. De este modo Borges deja de ser el posmoderno derrotado que hace malabarismos con los cascotes conceptuales de las ruinas del edificio filosófico moderno y pasa a ser un creador, un afirmador, en el más puro sentido nietzscheano.



Carlos Sorín: *Historias mínimas* (2002)